

*En pleno siglo III, un sabio persa, de nombre Mani (o Manes) promovió una secta religiosa que, en muchas de sus manifestaciones, sigue estando presente. La doctrina vino a llamarse maniqueísmo, en honor a su difusor.*

## EL RESURGIR DEL MANIQUEÍSMO



**Javier Fernández Aguado**  
Socio Director de MindValue  
Miembro de Top Ten Management Spain

Los seguidores del maniqueísmo, a semejanza otros gnósticos, eran plenamente dualistas. Consideraban que había una inevitable lucha entre dos principios opuestos e irreductibles: el bien y el mal. Estos principios quedaron asociados a la luz (Ormuz) y a las tinieblas (Ahrimán).

Siempre he considerado que el maniqueísmo —dividir entre buenos y malos, sin más matices— es una doctrina que puede tener difusión entre los mentalmente perezosos. ¿Qué más fácil que señalar a los malos para posicionarse —obviamente!— en el grupo de los buenos? Cuando con grandes seguridades se señalan maldades ajenas, puede permitirse uno el lujo de inhibir el pensamiento, pues ya quedó claro quién o quiénes son responsables de todos los perjuicios que nos afectan. Al ser causas exteriores, nada tendré que hacer para poner remedio. Todo lo más, condenar de manera insistente, y lo más eficazmente que pueda, a quienes son —según el personal criterio— culpables.

De cada diez españoles, uno piensa y nueve embisten, dejó escrito Antonio Machado. Así al menos lo parece en muchas conversaciones, tanto públicas como privadas, no sólo ni mucho menos en el ámbito de lo político, en las que se pretende arrebatar violenta y continuamente el pan y la sal al contrario.

La molicie mental es generadora de pensamiento grupal. ¿Hay algo más sencillo que refugiarse en lugares comunes que justifican nuestros modos de hacer sin vernos impulsados a nuevas acciones de mejora personal...? El denominado pensamiento grupal —he dicho en alguna ocasión que considero que esta expresión es contradictoria, pues si es pensamiento no es grupal, y si es grupal no es pensamen-

to...— es escudo pero también lanza. Quienes se sienten integrados en un colectivo y no se atreven a pensar considerarán enemigos a quienes no comulguen con sus ideas.

José Aguilar ha hablado en ocasiones del modelo Arca de Noé, que es aplicado en algunas organizaciones. Imbuidos de seguridades generadas por su propia inercia, incapaces de descubrir bondades en los modos de hacer de otros, se arman de argumentaciones que están destinadas fundamentalmente a autoconvencerse de la bondad de su producto o servicio frente a lo que otros ofertan.

¿Qué bonito sería un mundo en el que se oyese a un parlamentario, sin ir más lejos!

—¿Qué buena idea ha tenido usted, señor, miembro de la oposición (o del gobierno)!

Sólo quienes están abiertos a la verdad ajena pueden superar las propias limitaciones. El maniqueísmo no es únicamente una secta que hizo de las suyas en el siglo III, es fundamentalmente un modo de pensar y comportarse que también hoy extiende su péfida ramificación en forma de filias y fobias radicales.

Hace varios años, de charla con una persona

*Sólo quien disfruta del detalle será capaz de ofrecer soluciones enriquecedoras*

perteneciente a una controvertida organización claramente maniquea (por supuesto ellos son los buenos y los demás los malos), escuchaba su teoría de que en la vida sólo hay blanco o negro. Tras mucho esfuerzo, creí por un momento que también había entendido que existían colores intermedios. En ese momento, y para mi desánimo, aseguró:

—Ya lo he comprendido! ¡En la vida hay blanco, negro y gris!

Desistí, pues era persona particularmente aferrada a sus certezas.

¡Ojalá los directivos no caigan nunca en esa actitud simplista, porque el mundo es fundamentalmente un juego de infinitos matices que es preciso apreciar! Sólo quien disfruta con el detalle será capaz de ofrecer soluciones enriquecedoras, sin limitarse a ofrecer fórmulas empaquetadas. Hago mío el consejo de Susana Tamaro:

—¡Desconfíe de quien tiene recetas para todos los problemas! □